

dad vecina, *Dea Augusta Vocontiorum* (Die). La diosa augusta que dió su nombre á Die no era otra que la diosa indígena *Andarta*, que se confundió luego con la gran madre frigia. Die era una especie de ciudad santa, un lugar de peregrinaciones. El centro político era Vaisón.

La colonización militar y oficial no era la única. Las guerras del triunvirato habían producido grandes cambios allende los Alpes. Las proscripciones y confiscaciones lanzaron de sus hogares á infinidad de propietarios desposeídos. ¿No era natural que volvieran los ojos hacia el país vecino? No puede precisarse el número de inmigrantes. Eran una minoría en el seno de la población indígena; pero de todos modos serían bastantes, ya que no puede explicarse de otra manera la romanización profunda y casi instantánea, que fué su obra.

Para formarse exacta idea de la romanización de la Narbonense no basta dar una ojeada á las ciudades. Habría que visitar las más humildes aldeas, penetrar en los cantones más apartados, recoger cuanto se ha exhumado en estos rincones en materia de inscripciones y de fragmentos de toda especie. Sería preciso también enumerar cuantos elementos la Narbonense proporcionó al Imperio desde el siglo I. Como la Galia cisalpina, como el Mediodía de España, fué, para Roma agotada, una fuente de rejuvenecimiento. Si no puede enorgullecerse de nombres tan famosos como los de Virgilio y Cátulo, Tito Livio y los Plinio, Séneca y Luciano, le quedan otros dignos de recordación. Más lejos veremos los que dió á la literatura (1). En política basta citar á los dos viennenses Pompeyo Vopisco, que Otón elevó á cónsul para halagar á sus compatriotas, y Valerio Asiático, que recibió por dos veces el mismo honor de manos de Calígula y Claudio y que en poco estuvo que no fuera emperador; Julio Agrícola, de Fréjus, el padrastro de Tácito, el vencedor de los bretones; Tito Aurelio Fulvo, de Nimes, abuelo del emperador Antonino, que compartió el consulado con Domiciano, y Antonio Primo, de Tolosa, mal ciudadano, pero excelente soldado, cuyos talentos militares tanto aprovecharon á Vespasiano. No es raro, pues, que Plinio el Viejo escribiera en 77: «Por su cultura floreciente, por la abundancia de sus productos, por la calidad de sus costumbres y de sus habitantes, la Narbonense es tan buena como cualquier provincia, mejor dicho, es otra Italia (2).»

II.—Lyón capital de las Galias (3)

Si la transformación de la Narbonense tiene por punto de partida la caída de Marsella, fué la fundación de Lyón lo que abrió una nueva era para la Galia.

La colonización de la Narbonense no se efectuó sin lesionar muchos intereses y despertar muchas envidias. Los habitantes despojados acabaron por resignarse. Con

(1) Capítulo II, párrafo 2.

(2) *Historia Natural*, III, 31.

(3) OBRAS DE CONSULTA.—Spon, *Recherche des antiquités et curiosités de la ville de Lyón*, 1673, nueva edición por Rénier, 1858. Boissien, *Inscriptions antiques de Lyón*, 1846-1854. Bernard, *Le temple d'Auguste et la nationalité gauloise*, 1863. Hirschfeld, *Lyón in der Römerzeit*, 1878, traducido por Allmer, «Revue épigraphique», 1879, págs. 81 y siguientes. *Zur Geschichte des Christenthums in Lugudunum vor Constantium*, Sitzungs-

berichte de la Academia de Berlín, 1895. Renan, *La topographie chrétienne de Lyón*, «Journal des Savants», 1881. Allmer y Dissard, *Trion, Antiquités découvertes en 1885-1886 et antérieurement au quartier de Lyón dit de Trion*, 1887-1888. *Musée de Lyón. Inscriptions antiques*, 1888-1893. Bazin, *Vienne et Lyón gallo-romains*, 1891. Jullien, *Le fondateur de Lyón. Histoire de Munatius Plancus*, 1892. Steyert, *Nouvelle histoire de Lyón*, I, 1895.

el tiempo participaron de la general prosperidad. Pero al principio soportaban mal su expoliación y la insolencia de los extranjeros. Contuvieron su cólera mientras vivió César. La vuelta de las guerras civiles animó á los descontentos. Probable es también que, llamando bajo banderas á gran número de soldados, redujeran los efectivos y las fuerzas de los colonos. Una rebelión obligó á huir de Vienne á cuantos se habían establecido en ella. Era un grave atentado que en tiempos normales se hubiera castigado con dureza. No faltaban medios para vengarlo. Lépidio en la Narbonense y Planco al Norte de esta provincia mandaban dos ejércitos. Bastábales hacer una señal para lavar en olas de sangre el ultraje hecho al nombre romano. Las necesidades de la política interior dispusieron otra cosa.

Los alobroges, tomando parte en la querrela que dividía el mundo, optaron por el Senado. Habían sufrido mucho por su causa; pero el alcance de la revolución no se preveía y los veteranos de César se declaraban contra los asesinos de su general. Bastó esto para que los indígenas pasaran al campo opuesto. Los alobroges eran, pues, buenos aliados para el Senado. Consideró prudente no castigarlos y se limitó á indemnizar á los colonos expulsados. El asunto interesaba á Lépidio. Sus administrados eran los quejosos. Pero los fugitivos, en vez de ir á Avignón, donde el triunviro estaba, se refugiaron en la confluencia del Saona, bajo la protección de Planco, de donde resultó que éste tuvo que intervenir en el asunto. Se pensó en reconstituir en otro punto la colonia viennense. Habiéndose declarado Lépidio por Antonio, fué puesto fuera de la ley, y Planco quedó encargado de que se cumpliera el decreto. Así se fundó, entre julio y noviembre del 43 antes de J. C., la colonia de Lyón.

No olvidó las hostilidades que rodearon su cuna. Más de un siglo después trató de vengarse, cuando cayó la dinastía de Julio César. Los viennenses se habían pronunciado por Vindex y Galba. Los lyoneses, que permanecieron fieles á Nerón, se adhirieron después á Vitelio. La ocasión les pareció de perlas para arruinar á la ciudad rival. Vienne, designada como una presa á los soldados de Valente, no escapó de una ruina cierta sino merced á un gran rescate. Para borrar las huellas de tal antagonismo fué precisa la paz que reinó en el Imperio bajo el gobierno de los Antoninos.

Planco vivió lo suficiente para ver germinar la semilla que sembrara. No olvidó tal recuerdo, como un título honorífico, en la tumba que se hizo construir en Gaeta. ¿Imaginó acaso este hombre tan hábil y afortunado, que entre todo cuanto había hecho, sería la fundación de Lyón su obra capital, la sola que merecía perpetuar su nombre? Por lo menos pudo pensar que estuvo afortunado en tal día. Señalando á los fugitivos el sitio donde debían levantar la ciudad, se mostró digno discípulo de César y digno colaborador de Augusto. No hay viajero que yendo á Lyón no haya admirado

desde Fourvière el magnífico panorama que se extiende en todas direcciones. Este observatorio maravilloso ofrecía á los romanos algo más que un simple recreo visual. En aquella meseta, dice Estrabón, reconocieron el reducto central, la acrópolis de la Galia. Todavía su posición geográfica favorece á Lyón. Imagínese, pues, lo que debió ser en aquellos tiempos en que los Pirineos de un lado, los Alpes de otro, encerraban nuestro país como una muralla casi sin salida. El valle del Ródano y del Saona, prolongado á la derecha por el del Rhin, á la izquierda por el del Sena, era entonces el solo camino para pasar del Mediodía al Norte, y aun hoy es el más frecuentado. Lyón, situado en mitad de esta in-

pretación del nombre de Lugudunum por un tema *lugu*, significando cuervo, parece, pues, que fué admitida en la antigüedad. Para armonizar esta explicación con la precedente, sería preciso establecer una relación, aún no demostrada, entre el ave simbólica de los lyoneses y los emblemas del dios Lug.

Se ha notado que el cuervo, que los antiguos consideraban dotado del instinto de predicción, se halla á menudo asociado en sus monumentos al cuerno de la abundancia, lo cual querría decir «predicción de abundancia» en el lenguaje figurado que les placía emplear. De esta asociación de ideas provendría, para la colonia fundada en la colina de los cuervos, el nombre de *Co-*



Anfiteatro de Nimes

mensa avenida, era la llave de ese mundo misterioso por el que Roma empezaba á extenderse por la fuerza de sus armas y de sus ideas. Para unos conquistadores venidos de las orillas del Mediterráneo y dueños ya de las comarcas que baña, la capital de la Galia no podía ser otra. Más al Norte, en las márgenes del Sena ó del Loira, hubiera quedado como ahogada en la barbarie ambiente. Apoyada en la Narbonense, le daba seguridad y fuerza tal apoyo, formaba el lazo de unión entre esta provincia y las tres restantes, y recogía en su hogar todos los rayos que debía reflejar en todas direcciones por todas las vías que dominaba.

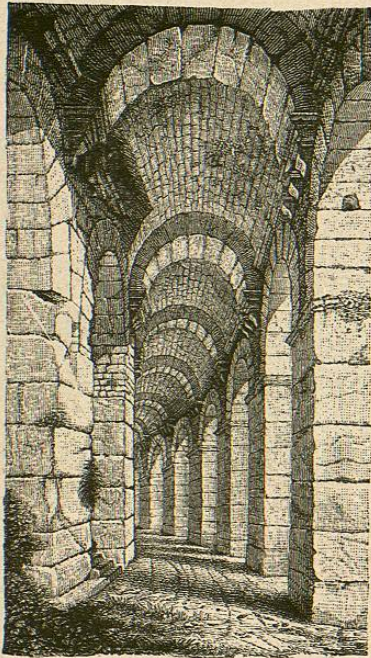
¿Estaba habitado anteriormente el sitio escogido por Planco? Es posible. Así se explica mejor el nombre galo de Lugudunum, por abreviación Lugdunum, dado á la ciudad romana. La etimología de este nombre, que abunda en la toponimia céltica, ha dado lugar á diversas hipótesis. Las dos más conocidas son estas: colina de Lug ó de Mercurio, y colina de los Cuervos. La primera se la ha sugerido á los sabios la identificación del dios irlandés Lug con el Mercurio galo. La segunda proviene de un tratado atribuido sin razón á Plutarco y puede invocar el testimonio de los monumentos. Existen algunos medallones de tierra cocida que recuerdan la fundación de Lyón. A un lado hay el genio de la colonia enfrente del fundador que le alarga una hoz de espigas, emblema de la fecundidad, y una carta de fundación. Entre las dos figuras, abajo, un cuervo. La misma ave se halla en las monedas de los segusivos, de cuyo territorio fué desprendido Lyón. Reaparece dos siglos más tarde en las que hizo acuñar Albino cuando gobernó las Galias, Bretaña y España. La inter-

pretación del nombre de Lugudunum por un tema *lugu*, significando cuervo, parece, pues, que fué admitida en la antigüedad. Para armonizar esta explicación con la precedente, sería preciso establecer una relación, aún no demostrada, entre el ave simbólica de los lyoneses y los emblemas del dios Lug.

El desarrollo de Lyón fué casi instantáneo. Surgió de momento la ciudad, tan importante como lo requería el destino que le estaba asignado. Se puede juzgar de ello por una serie de monumentos que la hacen revivir las lejanas épocas de su pasado. Son unos sepulcros descubiertos hace unos diez años á lo largo de la antigua vía de Aquitania, hoy calle de Trión. Por su arquitectura y por sus caracteres epigráficos pertenecen á la época de Augusto. Pueden, mejor que otros, ser comparados á un mausoleo de los Julios que existe en Saint-Remy. La semejanza no se revela á primera vista. Precisa, para advertirla, reconstruir esos edificios derrumbados. Los restos esparcidos alrededor de ellos facilitan tal reconstrucción. Entonces se ve los dos pisos superpuestos y la linterna que los corona. Tales eran los sepulcros en que durmieron los primeros lyoneses expulsados de Vienne. Se comprende lo que nos dice Estrabón cuando asegura que desde Tiberio era Lyón, después de Narbona, la ciudad más importante y poblada de la Galia. Claro es que no se igualó nunca á las grandes metrópolis de Oriente, Alejandría ó Antioquía. El Occidente romano, donde apuntaba apenas la vida urbana, no ha tenido esos hormigueros propios de los países civilizados de antiguo. No se puede fijar el número de habitantes que tuvo Lyón, pues no que-

da ninguna estadística. Pero se comprende que debió ser inferior al de Lyon moderno, porque las construcciones cubrían una superficie menor. Pero la importancia de una ciudad no ha de medirse por el número de sus habitantes, y aun este número sólo tiene un valor relativo por comparación con otros centros situados en la misma comarca.

Ya terminado el reinado de Nerón, después del terrible incendio del 65, que consumió casi por entero la ciudad, es cuando puede juzgarse de lo que puede llamarse aglomeración lyonesa, pues se componía de dos



Interior de una galería del anfiteatro de Nimes

ó tres ciudades, cada una de las cuales tenía distinto objeto.

La más antigua y principal elevábase sobre la colina cuya fuerza defensiva llamó la atención del fundador. La muralla que la ceñía formaba un semicírculo cuyos extremos se apoyaban en la roca de Pierre Scize y en el barrio llamado de la Quarantaine. Cortaba, en el punto en que invaden la campiña, los arrabales de Saint-Iréné y Saint-Just. En aquel espacio se amontonaban todos los edificios oficiales en calles estrechas y tortuosas. El tiempo los ha derribado. Por un contraste singular, la capital de las Galias es la que ha conservado menos vestigios de aquella época. Enorme número de inscripciones se ha sacado de las entrañas de la tierra y del lecho de los ríos, como lo demuestran las galerías del palacio de las Artes; pero, en cambio, casi no quedan ruinas monumentales. Las más importantes, las únicas, han sido hasta ahora las de los acueductos. Eran cuatro sólo para la ciudad alta, y uno de ellos, el del Pilat, tiene una hilada de arcos tan grandiosa como la de Fréjus. A tales restos hay que añadir los de los monumentos funerarios que hoy adornan la plaza de Ehouls, donde han sido transportados piedra á piedra. Es cuanto evoca á los ojos del paseante la antigua Lugdunum. El arqueólogo, acostumbrado á guiarse por tales indicios, puede reconstituir hasta cierto punto la topo-

grafía de la ciudad. En el centro un gran muro de apoyo soporta la plaza del Forum. Existía aún en tiempos de Luis el Bueno y se llamaba entonces el viejo Forum, *Forum Vetus*, de donde proceden los nombres de *Forviel*, *Forvière*, *Fourvière*. Más abajo quedan los restos casi ocultos de grandes construcciones. Los fustes de columnas de mármol y pórfido, los fragmentos que se recogieron hace más de dos siglos, denuncian el asiento de un edificio suntuoso, el palacio donde habitaban los emperadores siempre que iban á Lyon, lo cual ocurría á menudo. Se elevaba en el centro de espléndidos jardines, y formaba parte de un grupo que comprendía la casa de la Moneda, el cuartel de la décimoséptima cohorte urbana, el tribunal del gobernador ó *praetorium*, y más abajo, en los cimientos, la cárcel. En su sombrío ámbito fueron detenidos los confesores de la fe en 177 (1). Recientes excavaciones han hecho descubrir la curva del anfiteatro en que se desarrolló este drama, famoso entre todos en los anales del naciente cristianismo.

La colina de Fourvière debe quizá á tal recuerdo el carácter que después tomó y que aún guarda. Es la ciudad santa de los lyoneses devotos, ocupada por conventos y dominada por un santuario de la Virgen. La parte activa, bulliciosa de Lyon ha bajado por las rápidas pendientes de San Juan. Se ha instalado en la península que forman el Saona y el Ródano. Y más allá del río adelanta por la llanura del Delfinado. Tal movimiento se inició en la antigüedad. Era preciso. Lyon fué, desde sus primeros tiempos, una ciudad comercial, un inmenso depósito adonde afluan todas las importaciones y exportaciones de la Galia. El continuo tráfico atraía extranjeros que después se fijaban en la ciudad. No sólo había galos de todas las provincias, sino italianos y españoles y griegos y sirios. De ahí los caracteres que distinguen la Iglesia lyonesa. Ninguna tiene tal sello de helenismo; ninguna se abrió como ella á las sectas orientales y á sus ensueños místicos. Sus primeros obispos fueron dos sacerdotes de Esmirna, Potino é Ireneo. Mantenía relaciones con las iglesias del Asia. Todos conocen la carta admirable que dió cuenta á los lejanos hermanos del martirio y gloria de Blandino y sus compañeros.

Aquella ciudad de negocios, en cuyo seno se mezclaban todas las razas, no podía permanecer mucho tiempo en la altura que al principio ocupó la colonia de Planco. Una fuerza irresistible la atraía hacia la gran vía fluvial que corría á sus pies, donde resonaban las voces de los marinos, y que de continuo recorrían las barquichuelas de lujo y los pesados buques mercantes. La confluencia no estaba entonces donde la han llevado después la Naturaleza y el trabajo de los hombres. Ambos ríos se juntaban cerca de la plaza Bellecour. Desde aquel punto formaban un solo río que estrechaba una isla que corresponde al barrio de Ainay. Las tierras bajas y pantanosas se sanearon y cubrieron de casas. Al principio eran barracas, una especie de ciudad ambulante, *Canabae*, como decían los romanos, derivando de tal palabra la francesa Cannebière. Pero bien pronto aparecieron casas sólidas y elegantes. La isla del Ródano estaba muy bien adornada. Allí se

(1) Steyert lo pone en duda en la obra citada, página 411.

han descubierto los mejores mosaicos. La corporación de los vinateros habitaba allí. Era una de las más poderosas y estaba en estrecha relación con la de los barquilleros del Saona y del Ródano, establecidas ambas en la margen opuesta, la primera entre los puentes de la Feuillée y de Nemurs y la segunda cerca de la iglesia de San Jorge. Se advierte que el río, en este último paraje, se presta para la construcción de un puente, y se han descubierto vestigios de un muelle.

Al Norte cambiaba de nuevo el aspecto. En el sitio en que actualmente se escalonan las negras casas de la

tinados á los diversos servicios. Y el conjunto regado por los acueductos de Cordieu y Miribel, con lagos y jardines poblados de innumerables estatuas, de todas formas y tamaños, de mármol y de bronce, representando ciudades, sacerdotes, gobernadores, emperadores y príncipes de su familia.

Esta tercera ciudad no lo era en la acepción recta de la palabra. Bajo un cielo menos brillante, con monumentos de un arte menos espléndido, recordaba los recintos sagrados de Grecia. Era para los galo-romanos algo así como Olimpia para los griegos. Silenciosa y



Acueducto de Gard, situado á 27 kilómetros de Nimes

Fabrique, se levantaba una tercera ciudad que topográficamente se unía á Lyon, pero que desde el punto de vista administrativo formaba un territorio federal que dependía de la asamblea de las tres provincias (1). Allí, en la falda de la Croix-Rousse, en una pendiente que conserva el significativo nombre de San Sebastián (*Sebastián* es la traducción griega de *Augustus*), se elevó, el 12 antes de J. C., el colosal altar del que las monedas acuñadas en Lyon nos han conservado el aspecto y del que se guardan algunos fragmentos en el Museo. Consistía en una masa cuadrangular coronada de tripodes, escudos y ornamentos esculpidos y de hojas de laurel y roble con la dedicatoria «A Roma y á Augusto» (*Romae et Augusto*) que fulguraba en enormes letras doradas. A derecha é izquierda se elevaban dos columnas de granito de Egipto que soportaban unas Victorias aladas que con una mano tendían una corona y con la otra sostenían una palma. Las grandes piedras de sus fustes se dice que fueron trasladadas á la iglesia de Ainay, de la que sostiene los cuatro ángulos del coro. El altar estaba en el centro de las demás construcciones que eran sus dependencias. A un lado el templo consagrado, no al emperador viviente, sino á todos los emperadores divinizados; á otro el circo, el anfiteatro, cuyas fiestas eran complemento obligado de toda solemnidad religiosa; más lejos las casas de los diputados y los edificios des-

casi desierta durante el resto del año, despertaba y bullía en agosto, el mes dedicado á Augusto. La afluencia de los principales magnates de todas las Galias, los juegos, los concursos literarios, todo contribuía á llamar dentro de su ámbito á gran número de nacionales y extranjeros.

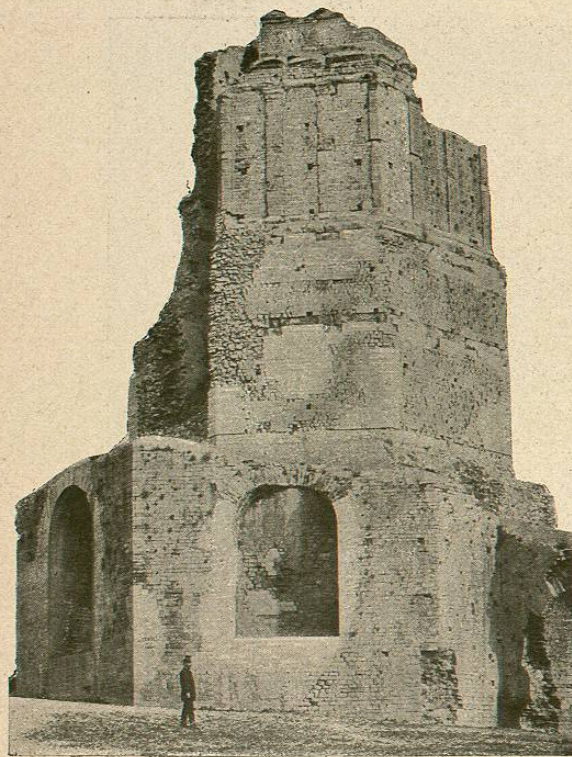
El culto de Roma y de Augusto, aun cuando celebrado fuera del dominio de la colonia, acababa de dar á Lyon aspecto de capital. Otros privilegios contribuían á dar esplendor á la ciudad. Su casa de la moneda, con las de Roma, Tarragona y Cartago, era la sola de Occidente autorizada para acuñar las monedas imperiales de oro y plata. Producía tanto como las de Roma y Antioquía, y así perduró hasta el siglo III en que Arlés y Tréveris le hicieron la competencia. También era la única de las ciudades galas, con excepción de las fronterizas, que tenía guarnición, y ésta la componía una cohorte urbana á semejanza de las que cuidaban de la policía en Roma. Tal honor no lo disfrutaba en el imperio sino Cartago.

La extremada rareza de inscripciones mencionando las magistraturas municipales de Lyon, ha hecho decir que la ciudad no se regía por funcionarios propios, sino por los representantes del Estado. Difícil es afirmarlo; pero, aun suponiéndolo, no quita esto importancia á Lyon, pues demuestra que gozaba de una situación especial. Como centralizaba todos los servicios administrativos de gran parte del mundo romano, no es raro

(1) Libro III, capítulo II, párrafo 1.

que se la sustrajera á la acción de los poderes locales. Esto le daría un curioso parecido con París, al que ya hemos visto que se asemeja por otros conceptos. Para ocupar en nuestro país el puesto que ocupa hoy la capital de Francia, sólo le faltó quizá á Lyon una última superioridad: la de las letras y las artes, que no tuvo nunca. Sus escuelas no tenían celebridad ninguna y los jóvenes que las frecuentaban se alejaban de ellas para acabar en otra parte sus estudios.

Los acontecimientos de 197, que hirieron en plena prosperidad á Lyon (1), no hubiesen tenido para la ciu-



Torre Alta de Nimes

dad los funestos resultados que se les atribuye si no concurren otras causas á su decadencia. Estas causas, cuya acción se desarrolla durante el siglo III, empiezan á manifestarse al principiarse el IV. Entre la Narbonense en vías de romanización y el resto de Galia sumido aún en la barbarie, la colonia de Planco tuvo una posición sin rival. Pero habían transcurrido años y siglos, la civilización aparecía por doquiera, el centro había cambiado de sitio por razón de las necesidades á que debía atenderse, y al variar se dividió en dos. En el Norte fué Tréveris. En el Mediodía retrocedió hasta Arlés. Esta ciudad y aquélla fueron los dos polos, los dos centros de atracción de la Galia. Entre ambos, Lyon no podía aspirar más que á un puesto secundario. Su gran importancia había desaparecido.

III.—Las tres provincias. Aquitania (2)

La Galia de las tres provincias, que vamos á examinar, ofrece un nuevo aspecto. No se parece á la Galia

(1) Libro IV, capítulo I, párrafo 1.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Hirschfeld, *Aquitaniens in der Römerzeit und die Häuer und Arverner unter römischer Herr-*

romanizada del Sudeste. Conquistada mucho más tarde y más alejada del hogar de la civilización, mostróse más fiel á las tradiciones y costumbres nacionales. La colonización fué nula, pocos italianos se establecieron en su suelo, y por lo mismo la sangre de sus habitantes es puramente gala. Si en ningún punto hubo oposición sistemática contra la cultura romana, si el ascendiente de una civilización superior se dejó sentir también, se advierte, sin embargo, que la acción fué menos extensa, menos energética, menos profunda. Las inscripciones y monumentos aparecen rara vez haciendo excavaciones. Los descubrimientos arqueológicos se realizan en las ciudades. La epigrafía es menos correcta, abundan más los nombres célticos, y las reglas de la onomástica latina se observan menos. Los dioses, á través del ropaje extranjero, dejan adivinar su fisonomía propia. Las obras de arte, menos sometidas al imperio de la mitología clásica, atestiguan que su conocimiento no es general ni familiar.

Aquitania es, de las tres provincias, la que tiene más parecido con la Narbonense. Se le asemeja por lo benigno del clima, por la fertilidad de su suelo, por el esplendor de sus ciudades. Situada más allá de la zona que era presa de las guerras civiles y las invasiones, fué hasta el fin una de las más florecientes comarcas del Imperio. En pleno siglo V, cuando ya el Norte de Galia está en poder de los bárbaros, Salviano reprocha á los aquitanos su molicie y sus riquezas, de que sufre por cierto la atracción. Aquitania se extiende ante sus ojos «floreciente de vides, engalanada de prados, esmaltada de campos, rebosante de frutos, recreada por sus bosques, refrescada por sus aguas, surcada de ríos, cuajada de mieses. Vedla y decid si los habitantes de esa comarca no viven en pleno paraíso (3).»

Es preciso hablar por separado de la vieja Aquitania, de la Aquitania ibérica donde se defendía contra la influencia romana la raza indomable que resistiera victoriosamente la presión de los celtas. Lo que de un modo general caracteriza la epigrafía de esta comarca, es decir, de nuestra Gascuña, es la ausencia casi absoluta de nombres celtas y la abundancia de los iberos, entremezclados con algunos romanos. La proporción varía según los puntos, y así podemos calcular el grado de penetración logrado contra esta raza refractaria. Los valles de los Pirineos casi quedan vírgenes de influencias romanas. Pero se les conocía por la virtud de sus aguas. Estrabón, en el reinado de Tiberio, cita Lonchón (*Aqua Onesiorum*) y proclama la magnificencia de sus termas. Por lo que de ellas queda no parece que exageró. Lonchón no era la más célebre de las estaciones pirenaicas. La afluencia de bañistas en aquellas regiones apartadas extendía el uso del latín y de una vida menos rústica. Una ciudad sin importancia, Saint-Bertrand-de-Comminges (*Lugdunum Convenarum*), poseía un anfiteatro. Pero bajo aquellas apariencias el fondo primitivo subsistía. Allí se conservó la lengua vasca. Allí se halla el onomástico ibero. Los mismos

chaft, Sitzungsberichte de la Academia de Berlín, 1896 y 1897. Jullian, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, 1887-1890. Monceaux, *Le grand Temple du Puy-de-Dôme*, «Revue historique», 1888. Para las demás monografías, véanse las noticias del *Corpus inscript. latin.*, XIII.

(3) *De gubernatione dei*, VII, 8.

dioses son distintos y rara vez se asemejan á los de Roma. Sus nombres, mal latinizados, suenan de un modo raro en nuestros oídos. Personifican, como los galos, las fuerzas naturales, los ríos, los árboles, las montañas, la tempestad, el viento, pero no pertenecen al panteón céltico.

La llanura aquitanense comprende, al Oeste, las Landas, que no son otra cosa que un montón de arena cubierto de brezos y de pinos. Ninguna aglomeración humana podía formarse en este país desolado. Pero en los confines surgieron las ciudades, Aire (*Atura*), ca-

Burdeos está situado en la intersección de dos grandes vías naturales: la una que une la Francia septentrional con España y la otra el Mediterráneo con el Océano. Está bastante cerca del mar para servir de puerto y lo suficiente lejos para que la anchura del estuario no dificulte las comunicaciones entre ambas orillas. Tan buena situación prometía un brillante porvenir. La ciudad, de origen ibero, como puede colegirse de su nombre *Burdigala*, fué ocupada por la tribu celta de los bitúrigos viviscos y fué muy pronto centro de un considerable tráfico. Los masaliotas llegaron á ella por el valle



Arco de triunfo de Saint-Remy

pital de los aturienses, y Dax (*Aqua Tarbellica*), capital de los tarbelios, reputada, como su nombre indica, por sus aguas termales. Hacia el Noroeste había, en la cuenca del Gers, los centros más importantes, *Elusa* (Eauze), que obtuvo el título de colonia y fué la metrópoli de la Novempopulania; *Elimberrum* ó *Augusta Auscorum* (Auch), que, suplantada un instante por la capital de los elusates, readquirió su primacía durante el siglo VI; *Lactora* (Lectoure), que llama la atención por el culto de Mitra y por su lealtad á la dinastía de los Antoninos y Gordianos. Servía de residencia á un procurador, por lo cual puede considerársela como capital de un distrito económico ó como un dominio imperial enclavado entre las ciudades de la provincia. Coincidió el desarrollo de la vida urbana con los progresos de la romanización. Los nombres iberos, más y más raros á medida que nos alejamos de la montaña, desaparecen del todo más allá de Eauze y Auch.

El valle del Garona no abundaba en grandes ciudades. En el curso medio del río sólo puede citarse Agen (*Agennum*), que era de segundo ó tercer orden. Pero esta comarca era animada, alegre, rebosante de vida y de bullicio, y muy poblada. Lo que le presta carácter es su gran explotación agrícola. En las colinas plantadas de viñedos había numerosas quintas con sus vastas construcciones, sus terrazas escalonadas, sus pórticos y sus estatuas. Por entre un paisaje tan agradable, lo era mucho el viaje á Burdeos (1).

(1) El vasto y suntuoso conjunto de quintas esparcidas alrededor de Martres Tolosanes, al Sur de Tolosa, en el valle superior

del Aude, y en pos de ellos los comerciantes de Narbona. Desde Augusto á Tiberio gran número de bordeleses recibieron el derecho de ciudadanía. Pero á Claudio se debe la importancia de Burdeos, que sirvió para aprovisionar á las tropas que iban á la conquista de Bretaña. Desde mucho tiempo antes los bordeleses habíanse fijado en la gran isla oceánica. Para embarcarse en tal dirección acudían los masaliotas á las márgenes del Gironda. Las expediciones de Plaucio y sus sucesores hicieron más seguras y fructíferas tales relaciones. Así que, desde las primeras páginas de la historia de esta ciudad, vemos mencionado su comercio con Inglaterra, comercio que constituyó su riqueza en la Edad media y que aún hoy día entra por mucho en su prosperidad.

Si Burdeos era ya en los siglos I y II el principal mercado del Sudoeste, distaba bastante de alcanzar todo su desarrollo. Los únicos edificios de aquella época son unas termas, un acueducto y unas fuentes. Eran los que ante todo reclamaba la vida romana y es probable que hubiese otros; pero el período de gran actividad monumental no empieza sino con el siguiente siglo. Entonces se levantó aquel soberbio templo de la Tutela, cuyas columnas, los «Pilares», fueron destruidas por los demolidores del siglo XVII, de un modo tan completo que sólo nos quedan reproducciones más ó menos exactas. La arquitectura de los Severos aparece en

del Garona, pertenece á la Narbonense; pero está situado en los confines de esta provincia y de Aquitania. Véase capítulo II, párrafo 3.